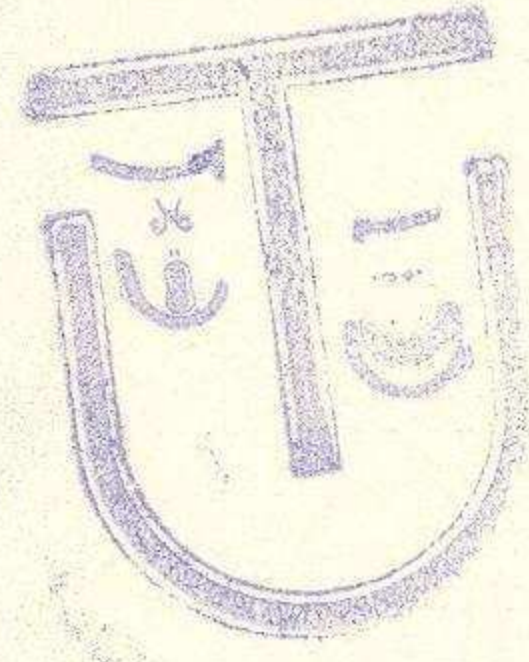


6/abril/06 JCS

11/24/00 EUT

1079458



DE UNA VEZ, PERO HASTA ENTONCES

SEMINARIO MULTIDISCIPLINAR
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

mds

PERSONAJES

Rosario Mercado	50 años	la esposa
Abelardo Mercado	50 "	el marido
Luis	20 "	el hijo
Marieta	55 "	} hermanos de Rosario
Gonzalo	60 "	
Gaviota	57 "	
Antonio	20 "	amigo de Luis

-OBRA EN DOS ACTOS-

"y pues a determinar
lo que ha de hacer no se atreve
el alma, llegue el dolor
hoy a su término, llegue
la pena a su extremo, y salga
de dudas y padeceres
de una vez, pero hasta entonces
valedme, cielos, valedme."

PRIMER ACTO

Epoca actual. Es de mañana, casi las nueve. Estamos a finales del mes de mayo. La acción se lleva a cabo en la sala de casa de los Mercado. Es una habitación decorada con propiedad y buen gusto. Debe haber dos puertas, una hacia la calle y otra hacia el resto de la casa, puestas en sitios convenientes y del tamaño apropiado. Separado del conjunto de los muebles de sala y a corta distancia de la puerta de entrada hay un piano, bastante viejo pero no mal cuidado. Quizás ventanas, al fondo, con cortinas.

Al subir el telón Rosario se encuentra sentada ojeando un periódico. Una mujer de cincuenta años se ve más vieja al levantarse. Está en bata de casa, sin peinar. Entra Abelardo, al parecer más joven que Rosario, ya listo para ir a su trabajo.

Rosario ¡Detente! Tengo que hablar contigo, es importante que hable contigo ahora mismo.

Abelardo ¡Pero mujer de Dios! ¿Qué rayos quieres decirme? ¡No ves que debo irme a trabajar!

Rosario ¡Cállate, Abelardo, cállate! No voy a aguantar que me grites. Haz el favor de sentarte o te hago sentar a la fuerza.

Abelardo (sentándose). ¿Pero Rosario, no comprendes?

Rosario Mira Abelardo, anoche, mientras tú dormías yo pensaba. ¡Y se me han ocurrido cosas! ¡He llegado a razonar ciertas cosas! ¡Oh, es horrible, Abelardo!

Abelardo ¿Qué, Rosario?

Rosario ¡Es horrible todo! Nunca había dudado de tí.

Abelardo ¡Nunca!

Rosario Nunca había querido molestarte con preguntas. Sí, sospechaba algo, pero inmediatamente hacía por olvidarlo, pero ahora no, ahora sospecho...

Abelardo (algo irritado) ¿Sospechas qué?

Rosario ¡Sospecho, que tú no eres tú, Abelardo!

Abelardo ¡Pero Rosario, te has vuelto loca! loca de remate! Pero mujer, no te entiendo.

Rosario Te digo que tú no eres tú, que solo me falta probarlo. Sí, parece cosa de locos que una mujer después de veinte años de casada no sepa quién es su marido, pero esa es la verdad. Tu Abelardo, eres y no eres. A veces eres Abelardo, pero después sales y el que regresa no eres tú. ¿Abelardo o tú? ¿Quién diablos eres ahora?

Abelardo Rosario, amor mio, tú necesitas unas vacaciones. Debes irte un tiempo a Miami, o a San Tomás, tienes que descansar, has trabajado mucho.

Rosario No, claro que no necesito unas vacaciones. Yo nunca he trabajado; todo ha sido muy fácil para mí. Puede decirse que soy la mujer más descansada de la isla. Tu no lograrás que me vaya de vacaciones si es eso lo que deseas para arreglar las cosas. No, no te daré un minuto de libertad de hoy en adelante.

Abelardo Rosario, o te calmas o llamo a un siquiatra.

Rosario ¡Los siquiatras no hacen visitas!

Abelardo ¡Sí que las hacen!

Rosario Tú no llamas a nadie. ¡Y cállate! Tengo mucho más que decirte, mucho más!

Abelardo Pues vas a tener que esperarte hasta la tarde, pues ahora mismo me voy a trabajar.

Rosario ¡Mira Abelardo! Si tú sales de esta casa no sales solo, yo voy contigo. No te dejaré salir solo.

Abelardo Si eso quieres hacer, está bien conmigo; pero ponte un traje, mujer, y arréglate un poco que si sales así a la calle no será yo el que tenga que meterte en un manicomio. (Sale) Entra Luis, vestido pero despeinado. Es un joven de 20 años, universitario, pero solo representa unos 16 años. Se ve débil físicamente.

Luis Papi, ¿qué haces tú aquí a esta hora?

Abelardo ¡Santos del cielo! Tengo que llamar a Lupita, mi secretaria. Márcame el número Luisito, a prisa.

Luis ¿Cuál número?

Abelardo ¡El de la oficina, genio!

Luis ¡Ah, ya veo! (marca) (pausa)

Abelardo Oh, hola Lupita; sí, sí, yo. Sí, el señor Mercado. Lupita, voy a ir tarde, sí, claro que voy. (pausa) No, no estoy en el hospital. (pausa) Dígale a Genaro que espere. Sí. (pausa) No, no hay nadie enfermo. Bueno. Adiós, Lupita, adiós! (cuelga) ¡Qué mujer! ¡Se empeñó en que había alguien enfermo!

Luis Bueno papi, y a qué se debe que no hayas salido para el trabajo como siempre. ¿Te falló el despertador?

Abelardo (irritado) ¡Nunca he necesitado despertador! ¡Estoy aquí porque tu madre se ha vuelto loca!

Luis Pero eso no es nada nuevo, papá.

Abelardo ¡Cállate, cómo te atreves decir eso de tu madre!

Luis Las verdades se dicen siempre. Y decir que mami está loca no es cosa grave. Yo lo hago con buena intención. Tienes que darte cuenta que la locura no es cosa vergonzosa, es una enfermedad, y que a tiempo se puede curar.

Abelardo Mira, Luisito, eso son cosas entre tu madre y yo, Ve a peinarte y de ahora en adelante no hables cuando no se te pregunte.

Luis Tú no quieres aceptar la realidad. (Sale) (Entra Rosario, bastante bien vestida).

Abelardo ¡Por primera vez en la vida, te has vestido de prisa! Quizás las manías tengan su lado bueno!

Rosario No te hagas el inocente. Ya veremos si son manías o no son manías. Y cuidado con lo que estás tramando; no te será fácil deshacerte de mí!

Abelardo ¡Eres imposible! Pero vámonos que ya es tardísimo.

Rosario Sí, nos vamos, después que busques los espejuelos; los dejaste en el baño

Abelardo ¡Ah, los espejuelos! ¡Sin ellos no puedo trabajar!

(Sale a buscarlos). (Entra Luis peinado).

Luis Mami, ¿para dónde vas?

Rosario ¿A tí qué te importa? (suena el teléfono).

Luis ¡Qué maneras de contestarle a un hijo!

Rosario ¿Quién te crees que soy? Soy tu madre. ¡Contesta ese teléfono!

Luis ¡A mí nadie me llama a esta hora; contesta tú!

Abelardo (entrando). ¡Vámonos Rosario, rápido!

Luis ¿No te vas a llevar el carro?

Abelardo Sí, el carro, avanza, dame las llaves.

Rosario (gritando). ¡Ese teléfono!

Luis (tirándole las llaves). ¡Ahí te van!

Abelardo (se caen al piso). ¡Qué bruto eres! ¡Vámonos, mujer!

Rosario Sí, voy. Contesta el teléfono, por Cristo; dile al que sea que salí. (Se va con Abelardo) (Luis contesta el teléfono).

Luis Plaza del Mercado. ¿Quién? Pero tía, si mami acaba de salir. No, tía, no sé. Salí con papá. (Pausa). ¿Tía Marieta? Yo no la he visto. (Pausa) Pues si llega, sí, haré lo posible. ¿Y si no llega? (Se oye tocar a la puerta). Espérate un momento, están tocando a la puerta. Debe ser ella, sí, pero espera, mujer de Dios, si no abro no puedo saber. Un momento. (Deja el teléfono, abre la puerta). (Entra Marieta, es algo gruesa, luce más joven que Rosario. Se nota nerviosa. Se sienta. Luis va al teléfono). Sí tía, sí, es ella. Está bien, muy bien, sí, pero engancha que voy a perder una oreja. Adiós.

Marieta ¿Quién era?

Luis ¡Tu hermana, mi tía!

Marieta ¿Gaviota? Pero me lo hubieras dicho. Yo tenía que hablar con ella. ¿Qué quería?

Luis Llamé para ver si tú estabas aquí.

Marieta ¿Y qué le dijistes?

- Luis ¿Qué le iba a decir? Primero, que no estabas por que no estabas, después que estabas porque acababas de llegar.
- Marieta ¡Si es hasta mejor que no hable con ella! Mis hermanas se creen que yo soy una esclava. Cuando no me quieren para pedirme favores es para preguntar cómo estoy. Si creen que estoy enferma, para Gaviota especialmente, me estoy muriendo. Y no se dan cuenta que las que necesitan ver a un médico son ellas, sí, a un siquiatra para ser más exacta.
- Luis ¡Al fin pegas una!
- Marieta ¿Oye, dime una cosa? ¿Cómo supo Gaviota que yo venía para acá?
- Luis Pilar la llamó y le dijo que tú habías salido como una loca de la casa, diciendo palabrotas y deseando que te partiera un rayo o que te pasara por encima una guagua.
- Marieta ¡A quién saldría tan chismosa mi hija! ¡A mí no pudo ser! Y su padre, era un sinvergüenza. Me divorcié de él porque bebía demasiado, pero nunca fue un chismoso! ¡Y lo bonito es que Gaviota le hace caso! ¡Y no sabe Gaviota, como habla Pilar de ella!
- Luis Pero dime una cosa, tía. ¿Por qué rabigas con Pilar esta mañana?
- Marieta ¡Porque es una vaga! ¿Cómo no voy a rabiar? Si no fuera por mi carácter ya la hubiera picado en pedacitos. Tú sabes lo que es que no mueve una mano, que no se ocupa de buscar trabajo, y que todavía pretende que yo le cuide a los hijos. ¡No, hasta ahí llegó el amor de madre! Si parió, que críe. ¡Cállate, no me recuerdes que tengo una hija! Voy a tocar piano. Sí, por eso me vine para acá, sólo por el piano. Si no fuera por el piano ya me habría suicidado. (Va hasta el piano).
- Luis Está desafinado. Y bien desafinado.
- Marieta (Tocando unas notas). ¡Pero como lo han desafinado! ¡Todo está hoy en contra mía, hasta el piano! ¿A dónde ha ido Rosario?
- Luis Salió con Abelardo.
- Marieta ¿Y tú le dices Abelardo a tu padre?
- Luis ¿No es así que se llama?

- Marieta ¡Pero qué malcriado eres! ¿No respetas a los mayores?
- Luis Si los mayores me respetan a mí, sí.
- Marieta Basta de groserías.
- Luis Esas no son groserías, son cosas lógicas. Para uno respetar tiene que saber lo que es respeto y si a uno no lo respetan cómo va a saberlo.
- Marieta ¿Y a tí quién te ha enseñado esas estupideces? Seguro que no fueron las monjas del colegio, ni los profesores de la Universidad. ¡Eres un malcriado!
- Luis Me las ha enseñado la vida.
- Marieta ¿Y qué sabes tú de la vida? Deja que te enfrentes con el mundo. ¡Deja que tengas que valerte por tí mismo! No sabes que las cárceles están llenas de irrespetuosos.
- Luis ¡Y los manicomios de viejas gritonas!
- Marieta ¡En los años que tienes no te he tocado, no me obligues ahora! ¡Debía darte vergüenza! ¡Decirle esas cosas a tu tía! ¡Y sabe Dios cómo tratas a tu madre! A esa infeliz que se mata día a día en esta casa trabajando para tí. ¡La tendrás loca!
- Luis Sí, está loca, pero no por mí. Está loca de remate y todos ustedes tiene la culpa - tú, papi, tía Gaviota, todos. Sí, ustedes, con sus cortas mentes y sus actitudes irrazonables, que no pueden aceptar que alguien de la familia esté loco y no le han dado atención. Y lo grande es que yo creo que empezando por tu hija y tus hermanos y terminando con mamá y con papi no hay ninguno cuerdo en la familia. Yo por ahora no puedo hacer nada pero espera a que me gradúe que no me verán más ni un pelo por este manicomio!
- Marieta ¿Dónde irás tú que más valgas? Es horrible ver cómo las madres nos sacrificamos por los hijos y cómo nos salen!! Tú debes tener el diablo por dentro! ¡No puedo estar tranquila! Y el condenado piano desafinado! Dame, dame la guía del teléfono.
- Luis Toma, Marieta. (Le da la guía).
- Marieta Búscame el número del afinador, enseguida, que yo no veo. (Le da la guía). Rodríguez creo que se llama.
- Luis (Pausa) Siete, dos, dos, veinticuatro, cuarenta y nueve.

Marieta ¿Y nueve?

Luis ¡Sí! (Pausa) (Luis se sienta a ver el periódico)

Marieta ¿Es Rodríguez? Mire, es de la calle Américo Salas número ocho cero siete. De casa de Mercado, sí. ¡A ver si pueden venir a afinar el piano! (A Luis) ¿Cuánto hace que no lo afinan, Luis?

Luis Yo nunca he sabido que lo hayan afinado.

Marieta (Al teléfono) Nunca. Debe tener como veinte años. (Pausa). ¿Pero no puede ser aquí? Bueno, qué se va a hacer, mande a los hombres a buscarlo. Sí, casa del señor Abelardo Mercado, Américo Salas ocho cero siete. Lo esperamos, gracias. (Guelga). ¡Qué barbaridad! ¡Y que se lo tienen que llevar!

Luis ¿Al piano?

Marieta Sí hombre, eso lo hacen para cobrar más, como con los televisores. Le rompen dos o tres cuerdas y después quién les prueba que estaban en buenas condiciones.

Luis ¡Dijo tía Gaviota que la llamaras! (Suena el teléfono).

Marieta ¡Esa debe ser! ¡Estará desesperada! ¡Tú no sirves para nada! (Contestando). ¡Hola, Gaviota! El muchacho éste que no sirve para nada. (Pausa). ¿Qué? ¡Esa mujer de Gonzalo! El pobre, lo va a matar, siempre peleando. ¡Y sabiendo que es diabético! (Pausa). Sí, yo lo tranquilizo. No, no sé dónde está Rosario, ¡pero mujer! ¿Tú te crees que eres rica, habiendo guaguas? Adiós.

Luis ¿Viene para acá?

Marieta Sí, y también Gonzalo que tuvo un disgusto con Isabel. Así es que te portas decente, ya sabes que a Gonzalo no se le puede contrariar.

Luis ¿Y por qué no?

Marieta Porque es diabético y si pasa un mal rato se puede quedar muerto.

Luis El no es ningún niño, si no quiere pasar malos ratos que no los pase. Si yo no quiero pasar un mal rato nadie me lo hace pasar.

Marieta Tú no consideras a nadie.

Luis A mí nadie me considera.

Marieta No te lo mereces, hay que dar para recibir, el que siembra vientos recoge tempestades.

Luis Eso les digo yo a ustedes. El que siembra vientos no puede quejarse de las tempestades. (Tocan a la puerta). Allí está. Le voy a dar un susto para que se muera (Se ríe.)

Marieta Voy a abrirle y cuidado con lo que haces. (Abre la puerta).

Gonzalo ¡Ah, Marieta! ¿Qué haces aquí? ¡Hola Luisito!

Luis Hola, Gonzalo.

Marieta Ven, siéntate, Gonzalo; debes estar cansado. ¿Quieres café?

Gonzalo No me vendría mal una tazita. Negro, sabes. Y no vayas a echarle azúcar.

Marieta ¿Tienes sacarinas?

Gonzalo No, pero me gusta soso.

Luis ¡Qué tanto lie con la azúcar, si él cuanto está solo se come los dulces como si nada.

Marieta Eso no es asunto tuyo, niño. (Se va).

Gonzalo Tú te crees que eres muy gracioso.

Luis Es que no soporto las hipocresías. Tú sabes bien que eso de la dieta es para llamar la atención, y lo de la diabetes para que te cojan pena.

Gonzalo ¿Desde cuándo eres médico?

Luis No seré médico, pero no soy tonto.

Gonzalo Tú no vives más que para molestar a la gente. Siempre bromeando, ¿Cuándo vas a coger seriedad?

Luis Vamos tío, si yo sé que tú eres diabético, pero no hay por qué exagerar. Ni que fueras un inválido. Te cuidan más que a los hijos de Pilar.

Gonzalo ¡Déjame en paz, Luisito! ¡Me mareas!

Luis (Gritando). ¡Tía Marieta, trae el café, rápido, que tío se siente mal!

Gonzalo (Gritando). Mentiras, Marieta, son cosas de este muchacho. (A Luis). Pero deja a la gente tranquila, a la verdad que tú eres insoportable.

Luis Me gozo en ellos. Es mi "hobby" ¿Sabes? (Entra Marieta con la taza de café).

Marieta Toma, Gonzalo, está tibio. Te lo traje con leche para que no te suba la presión, tú no debes tomar café negro.

Luis No te bebas nada, tío. Haz que te lo dé negro y que te lo dé bien caliente. ¡No te dejes dominar!

Gonzalo Está bien, a mí me da igual. (Toma la taza).

Luis ¡No tienes carácter!

Marieta ¡Cállate ya! No traigas problemas.

Luis Siempre te sales con la tuya.

Marieta ¡Te estás ganando una bofetada!

Luis ¡Tú te la tienes ganada hace rato!

Gonzalo ¡Pero este niño no sabe respetar! (Pone la taza en la mesita!

Luis Sabe; respeta a su manera.

Gonzalo (Dándole una bofetada). Para que aprendas.

Luis (Con la mano en la cara). ¿A dar bofetadas o a aguantarlas de un viejo estúpido? (Se le saltan las lágrimas).

Marieta No le hagas caso, no pases sofocones, Gonzalo, no vale la pena.

Luis A mí debían hacerme caso todos en esta casa. ¡Soy el único que tiene cerebro!

Marieta ¡Cállate o te mato, desconsiderado!

Gonzalo ¡Te voy a dar otra!

Luis Sí, dámela, pero ¿qué sacarás con eso? Si demostraras tener carácter en otras ocasiones quizás no tuvieses tantos problemas. Pero eres muy cobarde, tío, te atreves conmigo porque soy joven, porque sabes que todos estos viejos - Marieta, Rosario, Abelardo, Gaviota, todos, te darás la razón.

Marieta Vete a tu cuarto, y no me hagas cometer una locura.

Luis ¡Locuras tú cometes a cada momento!

Gaviota Que dicho sea de paso es peor que Luisito.

Marieta ¡Mi hija nunca me ha faltado el respeto!

Gaviota Tu hija nunca te ha respetado. Siempre fuistes para ella una esclava. Se crió como una princesa y ahí tienes las consecuencias. Divorciada a los treinta años, con dos hijos de los cuales no se ocupa.

Gonzalo Ella ha sufrido mucho.

Marieta Sí, yo sé lo que es tener un mal marido, yo pasé por eso.

Gaviota También se puede ser mala esposa y mala madre. No la defiendas.

Gonzalo ¿Pero no has venido a discutir, verdad Gaviata?

Gaviota A veces es necesario hablar, decir las verdades; nosotros a veces nos olvidamos de los problemas y no hacemos nada por resolverlos.

Marieta El problema de mi hija es cosa de ella. Yo no me meto.

Gaviota Está bien, has lo que tú creas. ¿Y tu mujer, Gonzalo?

Gonzalo Está hecha una fiera, me tuve que ir de casa por eso. Está en un estado que no se le puede hablar.

Gaviota ¿Pero qué clase de hombre eres tú?

Marieta Hace bien, que la deje que se tranquilice sola, así se evita problemas.

Gaviota De vez en cuando hay que hacer frente a los problemas. Si nos dominan estamos perdidos.

Gonzalo Yo sé vivir. (Tocan a la puerta).

Marieta Son los del piano.

Gaviota ¿El piano?

Marieta Sí, van, a arreglarlo (abre la puerta). Pasen por aquí. Es aquel.

Hombre 1 Firme usted aquí, por favor.

Marieta Sí, deme. (Firma).

Hombre 1 Quédese con la copia.

Gonzalo (Se levantan Gaviota y Gonzalo). Si, tengo mucha hambre!

Gaviota ¡Vamos! (Se van los tres).

-FIN DEL PRIMER ACTO-

SEGUNDO ACTO

Decorado igual al del primer acto; el mismo día - minutos después.

Al subir el telón se oye que tocan a la puerta. Entra Marieta y va a abrir. Antonio entra, trae un libro en las manos.

Marieta ¡Voy, voy! (Abre). ¡Buenos días!

Antonio Buenas tardes, señora. ¿Está Luis?

Marieta Está en su cuarto; voy a llamarlo. Síntese, ¡Ah, ¿cuál es su nombre?

Antonio ¡Oh, perdone! Antonio Torres, a sus órdenes.

Marieta Gracias, voy a llamarlo. (Sale). (Antonio camina por la sala, se sienta en una butaca y se queda pensativo. Al momento entra Luis).

Luis ¡Ah, hola Antonio! ¿Qué haces?

Antonio Vine a traerte el libro que me prestastes.

Luis Ah sí, no me acordaba. ¿Te sirvió?

Antonio Sí, mucho. (A Luis se le salen las lágrimas). Pero Luis, ¿qué te pasa? Estás llorando.

Luis No es nada.

Antonio ¿Algún problema?

Luis No estoy llorando. Es que estaba durmiendo y tengo los ojos aguedos.

Antonio Está bien, lo que tú digas.

Luis ¿Por qué vinistes a mi casa? Yo te dije que no vinieras nunca. No quiero que mis amigos vengan a mi casa. (Sigue llorando).

Antonio Vamos, Luis, ¿qué te ocurre, amigo? No llores. Dime lo que te pasa, quizás pueda ayudarte. Anda, ¿no confías en mí?

Luis ¿Tú eres mi amigo?

Antonio ¿Lo dudas?

Luis ¡Es que he tenido tan pocos amigos!

Antonio A veces es mejor tener pocos amigos. Yo también he tenido pocos amigos. Pero todos han sido muy buenos.

- Luis ¿Y yo? ¿Soy un buen amigo?
- Antonio Claro que lo eres. ¿No te he tenido cuando te he necesitado? ¿No me has hecho miles de favores? ¿No me has dado buenos consejos? Tu eres, Luis, mi mejor amigo.
- Luis ¿Y por qué soy tu mejor amigo? ¿Porque te presté ese libro, por los cinco pesos que te presté el día del baile y que nunca he aceptado que me paguen? ¿Soy tu mejor amigo porque te aconsejé que dejaras a tu novia, porque te ayudé a pasar la clase de matemáticas? ¿Por eso?
- Antonio Por esas cosas y por muchas otras, Luis.
- Luis ¿Y no por mí como persona?
- Antonio ¿Pero no comprendes; es que acaso tus actos no reflejan tu personalidad?
- Luis No siempre, Antonio. A veces una amistad es mera gratitud.
- Antonio No, no Luis, no es así. Yo te aprecio, eres mi amigo por lo que eres, por toda en conjunto - tu carácter, tus cosas buenas, tus defectos, sí, porque eres generoso e inteligente, por todo.
- Luis ¿Y si no te hubiera prestado el libro, ni el dinero, ni te hubiera ayudado ni aconsejado? ¿Serías mi amigo?
- Antonio Sí, Luis, te lo aseguro.
- Luis Confío en tí, te necesito. Eres lo único que tengo.
- Antonio Puedes confiar, por siempre.
- Luis Voy a contarte, Antonio, algo que nunca pensé contar a nadie. También voy a explicarte por qué no quiero que mis amigos vengán a esta casa; tí te mereces esa explicación. (En escentran Gonzalo, Gaviota y Marieta).
- Gaviota Hola, Luisito. ¿Dónde te habías metido?
- Luisito Tía Gaviota.
- Gonzalo ¿Tienes visita?
- Luis Sí, es un amigo.
- Marieta ¿No lo presentas?

- Gaviota Sí, vamos. Ven con nosotros, Abelardo.
- Gonzalo Sí, vamos en mi carro.
- Abelardo No, vayan ustedes. Yo debo hablar antes con mi hijo, es el único que tengo en el mundo y tengo una deuda con él.
- Gonzalo Adiós entonces.
- Gaviota Adiós. (Se van Gonzalo, Marieta y Gaviota).
- Luis ¿Papá, te sientes mal? (Antonio se aleja y da la espalda).
- Abelardo (Muy triste). No Luis, es que no sé cómo decirte lo que quiero decirte.
- Luis Sé sincero conmigo, ¿qué ocurre?
- Abelardo Tu madre quizás no tenga ya remedio. Y yo he sido el culpable, yo, que no quise aceptar la realidad, que pretendí curarla con mi cariño y la he perdido. ¡Perdóname, hijo mío! Perdóname por el daño que te he hecho, por haberme olvidado que tú también necesitabas de mi cariño, por no haberme acordado de tí. ¡Perdóname hijo mío!
- Luis Nada hay que perdonar.
- Abelardo Hijo mío. (Le abraza).

FIN

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS